

## **LOS HOMBRES: ¿DISPUESTOS A CAMBIAR? ¿NO TIENEN MÁS REMEDIO? ¿PODRÁN FRENAR EL CAMBIO?**

**Enrique Gomáriz Moraga**

El hecho de que la perspectiva género-inclusiva esté abriéndose camino progresivamente guarda relación, entre otras cosas, con la existencia de sectores sociales que ya están dispuestos a apoyarla; entre los cuales cabe destacar: a) el sector de hombres que está preparado para corresponsabilizarse con el avance hacia la equidad de género, b) los círculos que trabajan por este propósito desde el Estado, la sociedad civil y la cooperación internacional, sin pertenecer directamente al movimiento organizado de mujeres, c) el sector del movimiento feminista que está convencido de que el cambio social no se plantea sólo para la mitad de población (las mujeres) y que hay que empezar a pensar en cómo implementarlo para el conjunto de la sociedad.

La discusión sobre el desarrollo de la Democracia de Género siempre llega a un nudo cuando se plantea el tema del cambio en los hombres. Existen al respecto distintas tesis, que encuentran diferente grado de sintonía con los sectores antes señalados, aunque también hay argumentos planteados por quienes no se sitúan desde esta perspectiva inclusiva. Veamos la relación más frecuente de dichas tesis.

### **Los hombres dispuestos al cambio**

Por comenzar con la más optimista, una proposición parte de la idea de que los hombres ya están cambiando y van a continuar haciéndolo porque valóricamente o por interés propio se dan cuenta progresivamente que el cambio hacia la equidad de género es necesario. El propio interés reside en todo lo que tienen que ganar con un mayor balance en las relaciones de género: mayor posibilidad de expresar sentimientos, mejor relación con los hijos, más esperanza de vida, etc. Estas ventajas son indiscutibles, pero el problema aparece cuando se consideran aisladamente, sin tomar en consideración las desventajas, las cuales están referidas de una forma u otra a un factor crucial: el poder. En general, los hombres hemos sido socializados para ser respecto de los otros (mujeres, menores, ancianos, etc.) los “capitanes del barco”; sin que ello esté subordinado siquiera al tamaño del barco. En efecto, si un hombre no consigue ser el jefe de una gran institución, pero sigue siendo “cabeza de familia”, continúa cumpliendo con esa parte de su mandato genérico.

Así, un hombre puede llegar a ver las ventajas de la equidad de género, pero decidir al final del día que no gozar de esas ventajas es el costo justo de quien es responsable de detentar el poder. Ciertamente, eso no quiere decir que no hay grupos de hombres incómodos con los mandatos masculinos y dispuestos al cambio. Pero tanto cuantitativa como cualitativamente, es difícil imaginar un movimiento de hombres con una dimensión o una dinámica semejante al que produjo el movimiento de mujeres. En términos de proceso social, no hay muchos ejemplos en la historia de la humanidad de amplios sectores que organicen un movimiento para abandonar el poder.

Es cierto que también hay sectores de hombres que integran la equidad de género como una parte de su cuadro valórico a favor de la justicia social. Sobre todo en instituciones que de una u otra forma trabajan con ese referente de justicia, esos hombres están ahí dispuestos a la interlocución. Por eso es tan crucial que, sobre todo en esas organizaciones, la temática de género no sea presentada como un asunto sólo de mujeres. Simplemente, si se presenta así, se pierde la oportunidad de que sea la institución (y no sólo las mujeres de esa institución) la que adquiera el compromiso por la equidad de género.

Ahora bien, no parece conveniente hacer cálculos demasiado optimistas sobre la dimensión de ese sector de hombres que, por interés o por valores, está dispuesto al cambio. En Alemania se habló de que podría haber cerca de un tercio de hombres adultos en esa disposición. Sin embargo, las encuestas que se conocen en materia de género, especialmente las que (como se hizo en Costa Rica) relacionan declaraciones valóricas con prácticas en el hogar, arrojan cifras bastante más reducidas, que se sitúan en torno a un 12% de los hombres adultos (CMF, 1998). Desde luego, esa cifra sería considerable si se tratara de hombres relacionados entre sí, pero esa no es la situación. Por eso es tan importante la dimensión pública de la Democracia de Género: porque permite un clima de opinión pública donde los hombres se puedan manifestar abiertamente y tomen relación.

Pero quizás la confusión más grave es pensar que esa minoría de hombres dispuestos al cambio, se encuentra en medio de una enorme masa amorfa de población masculina sin orientación ni disposición en cualquier otro sentido. Desafortunadamente, tampoco eso es así. En primer lugar, la gran cantidad de hombres que reproducen el sistema de género pueden continuar haciéndolo, sin tener que imaginar necesariamente ninguna otra orientación alternativa. Pero también hay que tomar en consideración la posibilidad de que haya sectores de hombres dispuestos a organizarse para restañar las grietas del sistema patriarcal (el movimiento Promise Keeper en Estados Unidos es una buena muestra de ello).

### **No habrá más remedio que cambiar**

Otras tesis sobre el cambio de los hombres no parten de esta visión optimista de que están dispuestos a hacerlo. En sectores del movimiento feminista y de hombres profeministas es frecuente encontrar la tesis de que, por diversas razones, los hombres no van a tener más remedio que cambiar. Entre estas razones, es posible destacar tres: a) los hombres cambiarán por efecto reflejo; b) van a cambiar a través del conflicto de géneros; c) no les va a quedar otra alternativa, por cuanto la normativa, el consenso social y la situación económica les va a obligar a ello.

La primera razón está conectada con aquellos sectores del feminismo que no tienen ninguna preocupación por el cambio de los hombres, o que, en todo caso, consideran que eso es un asunto de los propios hombres. “Las mujeres no vamos a llevar a los hombres de la mano; ya tenemos bastante con nuestro propio cambio”, es el juicio más frecuente al respecto. Ciertamente, esta perspectiva o bien ha abandonado la propuesta originaria

feminista de que el cambio es para el conjunto de la sociedad, o bien se inscribe en una posición cómoda e irreal acerca de cómo implementar ese cambio. La idea de que el cambio en las mujeres va a provocar -por efectos relacionales o reflejos- cambios semejantes en los hombres es algo que no ha sucedido hasta ahora y no tiene que suceder necesariamente en el futuro. Eso no significa pensar que el cambio en las mujeres no ha tenido efecto alguno en los hombres o en el conjunto de la sociedad, pero no hay duda alguna de que, durante décadas, tuvo efectos autónomos en la población femenina y mucho menores en la masculina; así como que, más recientemente, cuando esos cambios han comenzado a tener un impacto más amplio en el conjunto social, la respuesta de la sociedad no ha sido precisamente la de integrar el cambio. De hecho, ahí están los fenómenos del postfeminismo o del desencuentro entre los géneros, que significan un estancamiento en el avance hacia la equidad de género, como fue examinado en ocasiones anteriores (Gomáriz, 2000). La idea de que los cambios en las mujeres van a producir “por goteo” cambios semejantes en los hombres, no es más realista que la tesis neoliberal de que así se reduciría la pobreza, a partir del aumento de las ganancias del gran capital.

Ahora bien, cuando no se produce la integración positiva, algunos sectores piensan que ello no es trascendental, por cuanto el conflicto social también puede ser un vehículo de cambio. Ciertamente, la historia muestra que el conflicto ha tenido en ocasiones ese efecto positivo. No obstante, también indica que el conflicto ha tenido algunas veces el efecto de la restauración conservadora, o, simplemente, que el conflicto se ha enquistado o se ha transformado en una espiral sin fin (alguna lección deberíamos aprender del conflicto de Oriente Medio). En realidad, el conflicto como vía para el cambio positivo ha sido más frecuente cuando el sector opresor era una minoría social que oprimía a una gran mayoría. Pero ese no es precisamente el escenario que refiere a la temática de género, donde mujeres y hombres son por lo regular mitad y mitad.

En todo caso, se supone que el diseño de políticas para el cambio del conjunto social se hace para facilitararlo, para evitar que tenga que pasar por una guerra de sexos, que traiga más infelicidad a mujeres y hombres. Cualquier alternativa que busque la continuación del avance hacia la equidad de género, evitando el escalamiento del conflicto, debería llamar la atención de toda persona interesada en dicho cambio.

Una visión que no se basa necesariamente en el incremento del conflicto, pero sí en la dimensión coercitiva del cambio, es la planteada por feministas y hombres profeministas. En el debate sobre Democracia de Género, Judith Astelarra representa bastante bien esta posición. En el ámbito del trabajo con hombres, Michael Kimmel ha enfatizado en una reciente entrevista sobre el tema (que se reproduce aquí como apéndice).

La idea consiste en que el establecimiento del consenso social en torno a la equidad de género y su efecto en el cuadro normativo, va a ir obligando a los hombres a cambiar progresivamente sin más remedio. Y como afirma Kimmel, cualquier hombre consciente preferirá el cambio progresivo a que le empujen hacia el cambio por la fuerza.

El problema que presenta esta tesis es doble. Por un lado, resuelve a priori el problema que se plantea: da por sentado que la sociedad en general y los hombres en particular, cuando los cambios en materia de género les afectan en serio, sólo pueden actuar aceptando esa dinámica. Pero eso es precisamente lo que no está claro. En breve, los avances en materia normativa no son ni tan extensos ni tan rotundos, como para que ya esté resuelto el problema de lograr un amplio y verdadero consenso del conjunto de la sociedad sobre la necesidad de cambiar la práctica social hacia la equidad de género.

### **Hay más alternativas**

Por otro lado, esta tesis se basa en la creencia –un tanto inocente- de que efectivamente los hombres no tienen otra alternativa en la práctica que aceptar el cambio. Desafortunadamente, la realidad actual muestra que tienen otras opciones. Una de ellas consiste en actuar en sentido contrario. Ya se ha evidenciado cómo los hombres son capaces de organizarse, en movimiento numerosos (como los sucedidos en Estados Unidos), o en pequeños grupos, para actuar contra el cambio en materia de género. Pero también hay otros tipos de resistencia menos confrontacional y no menos efectiva, como se refleja en los ámbitos religiosos, políticos y de los medios de comunicación, especialmente en los países donde el clima postfeminista es más notable.

Otra alternativa al cambio que tienen los hombres es mucho más elemental: simplemente caer en el comportamiento disfuncional. Como ha señalado Susan Faludi, en un contexto social de pérdida de sentido, donde las mujeres se tornan complicadas o incluso acusadoras, la respuesta de muchos hombres consiste en reunirse en grupos masculinos autoreferentes y/o con mucha frecuencia violentos (Faludi, 2000). O bien optan por una solución individual, que puede conducir al francotirador o al suicida. El film “El Club de la Pelea” muestra dramáticamente esta tendencia.

Es importante prestar atención al hecho de que esta alternativa aparece con mucha frecuencia entre las generaciones jóvenes. La idea de que los jóvenes vienen con actitudes más proclives a la equidad de género no es más sólida que la que sostiene que llegan con una cultura de justicia social o de espíritu comunitario. Ciertamente, han tenido una socialización diferente, estando más acostumbrados a encontrar mujeres en los espacios sociales, pero su actitud (y sobre todo sus emociones) son al respecto ambivalentes y complejas. La toma de distancia respecto de las mujeres y la confusión acerca de su nueva posición de género suelen ser las respuestas más comunes. Y, en ese contexto, la conducta de riesgo puede asociarse sin dificultad.

En suma, si se quiere facilitar el cambio en los hombres no parece aconsejable dejarlos a su suerte, o esperar que no tengan más remedio, a través de una guerra de sexos, o bien forzados por la normativa y la presión social. Todo indica que la actitud más razonable es la planteada por la carta de los representantes alemanes a la Ministra Federal encargada de las políticas de género: se necesita una nueva política que no se dirija sólo a las mujeres sino al conjunto de la sociedad (Carta abierta, 2000).

Ahora bien, cabe regresar al punto de partida, para preguntarse –como lo hace buena parte del feminismo- cual es la razón que hace tan importante esa preocupación por el cambio de los hombres. La respuesta está dada por los argumentos que plantean los tres sectores mencionados al principio, incluyendo el feminismo que mantiene la propuesta feminista original de que el cambio en materia de género es para toda la sociedad. Por decirlo en términos de Judith Astelarra: el sistema patriarcal ya se ha agrietado, pero para que se produzca su derrumbe es necesario el cambio de los hombres (Astelarra, 2000). En efecto, el cambio en las mujeres ha tenido un desarrollo propio durante al menos cuatro décadas, pero ya se ha llegado a un punto en que ese cambio afecta directamente al conjunto social y ello plantea necesariamente una encrucijada: ir hacia dos mundos separados o bien integrar a todos en el cambio social. Y hemos visto que eso último no se resuelve por si mismo, sino que es una cuestión política: ¿queremos o no una acción política, una nueva estrategia, que favorezca la integración de todos en el avance hacia la equidad de género? Esa es la pregunta y parece insoslayable, para todos los que realmente se interesen en ese avance (y no solamente en lo que les suceda a las mujeres).

Ciertamente, eso supone nuevos retos, sobre todo para el movimiento feminista, pero también para los que trabajan con hombres. Para el movimiento feminista supone el reto de confrontarse con su propuesta original y, así, saber si esta dispuesto para un cambio estratégico que les hace abandonar el cuarto propio (acción de mujeres, para mujeres) y empujar el cambio global. Ello significa algo por lo que ya han pasado muchos movimientos de liberación: pasar del papel de motor del cambio entre sus homólogos, para convencer del cambio a los otros. Obviamente, eso ha significado con frecuencia una división de tareas, que muchas veces se expresa en división de corrientes, o bien que el movimiento de liberación sea capaz de dotarse de una perspectiva multidimensional, sabiendo que el cambio de estrategia significa seguir potenciando el cambio entre sus homólogos, al mismo tiempo que el convencimiento de los otros. Claro está, siempre cabe la posibilidad de resistirse a los nuevos retos, seguir con la misma estrategia y así hasta el infinito (o mucho antes hacia la implosión del movimiento).

Para los que trabajan con hombres también significa un nuevo desafío. En la anterior estrategia, la acción operaba en mundos separados: las organizaciones de mujeres actuaban con las mujeres, y los grupos de hombres convocaban a los hombres incómodos con los mandatos de la masculinidad hegemónica. Desde luego, pronto se ha puesto en evidencia la paradoja: que hay una fuerte demanda de una minoría de hombres que necesitan apoyo o quieren revisar su identidad de género conjuntamente, pero que esto no conduce a un movimiento social como el feminista y de mujeres. Ante esta situación, lo que ha sucedido con frecuencia ha sido que los grupos de hombres no ven o no se interesan en la dimensión política del cambio. Por eso es natural que, como Kimmel, sigan operando con grupos de hombres, y asuman la idea de que el cambio general se va a producir porque los hombres no tendrán más remedio. También entre ellos hay resistencia a pensar en una nueva estrategia, que opere pública y políticamente con las mujeres y con los hombres, a veces en espacios propios, pero con mucha frecuencia en espacios sociales e institucionales mixtos, es decir, que operen en el ancho y complejo mundo del conjunto de la especie humana.

## Referencias

Centro Mujer y Familia/ FLACSO (1997) *Encuesta Nacional sobre Masculinidad y Paternidad Responsable en Costa Rica*. CMF, Informe de resultados, San José.

Faludi, Susan (1999) *Stiffed. The betrayal of the American Man*, William Morrow and Company, New York.

Astelarra, Judith (2000) “Autonomía y espacios de actuación conjunta”, en Gomáriz y Meentzen *Democracia de Género. Una propuesta para Mujeres y Hombres del Siglo XXI*, Fundacion Heinrich Boell/ GESO, San José.

Gomáriz, Enrique (2000) “Postfeminismo, conflicto de sexos o democracia de género: la encrucijada del siglo XXI”, en Gomáriz y Meentzen *Democracia de Género. Una propuesta para Mujeres y Hombres del Siglo XXI*, Fundacion Heinrich Boell/ GESO, San José.

Carta abierta a la Ministra: Por la Democracia de Género, anexo en Gomáriz, Enrique (2000) “Postfeminismo, conflicto de sexos o democracia de género: la encrucijada del siglo XXI”, op.cit.

## ANEXO

### Entrevista a Michael Kimmel

(Realizada por Heide Oestreich para el Taz No. 6.9.2002, p. 6)

**Michael S. Kimmel pregunta a sus congéneres:**

**¿Quieren ser obligados a la fuerza a caminar hacia adelante, o prefieren reflexionar sobre las ventajas que podría tener el cambio?**

**Heide Oestreich:** Sr. Kimmel, normalmente son las mujeres quienes quieren gender mainstreaming, para hacer más visibles a las mujeres. En cambio, Ud. dice que los hombres son el género invisible. ¿Una broma?

**MK:** Para nada, por supuesto que los hombres son visibles en todas partes. Pero su condición de género no lo es. Para la mayoría de los hombres es como para los blancos y los heterosexuales: ellos se sienten simplemente así, normales. ¿Cuando Ud. se mira en el espejo, qué ve?

**HO:** Una mujer.

**MK:** Si, pero Ud. no ve una mujer blanca. El privilegio de ser blanca es invisible para Ud. Es igual para los hombres. Yo simplemente tengo privilegios, porque soy hombre.

**HO:** ¿Pero porqué los privilegiados deberían estar interesados en razonar sobre sus privilegios? Simplemente los gozan.

**MK:** O no los gozan. Tenemos un modelo de masculinidad que es más bien incómodo. No tenemos buenas relaciones con nuestros hijos, con nuestras mujeres. Podríamos beneficiarnos con la equidad de género.

**HO:** Tal vez así piensa Ud., pero la mayoría de los otros hombres piensan que tendrían mucho que perder.

**MK:** Pero aquí esta la novedad: tanto si quieren escuchar o como si no, el orden cambiará, la ley cambia. La democracia exige que también las mujeres estén representadas. Que el acoso sexual es ilegal, que la violación o la violencia en el matrimonio son un crimen y no un privilegio. Yo digo: Okay, gente, el mundo cambia. ¿Ustedes quieren ser empujados y vapuleados hacia el futuro, o quieren reflexionar en qué se pueden beneficiar?

**HO:** ¿Como es que Ud. tiene una opinión tan favorable de las leyes? En los EEUU la sociedad se ha opuesto a la acción afirmativa, la preferencia de mujeres y negros en el mundo laboral, de tal manera, que algunos estados la han anulado nuevamente.

**MK:** Las actitudes sociales con frecuencia son atrasadas en relación al desarrollo legal. Hay retrocesos, hay subversión, por supuesto. Yo confío en leyes porque son el inicio. La

ley puede proteger a una mujer que antes no estaba protegida, quizás no más, pero tampoco menos.

**HO:** ¿Entonces Ud. intenta convencer a los hombres de la conveniencia de anular sus privilegios?

**MK:** No solamente. También hay áreas, como la paternidad, en las que podrían beneficiarse. La manera como los hombres son hombres les impide ser buenos padres. Eso es triste.

**HO:** ¿No existen otros poderes que estabilizan este orden de género? Parece muy funcional para nuestro sistema económico exprimir al máximo a una mitad de la población, mientras que la otra mitad la reproduce gratuitamente.

**MK:** Eso es justamente lo interesante. Pensábamos que este mundo dividido era perfecto para el capitalismo: uno recibe dos trabajadores por el precio de uno. Solamente había un problema: no funcionó. ¿Porqué? Porque las mujeres no querían quedarse en casa. El mayor cambio del siglo XX fue que las mujeres ingresaron al mundo laboral más allá de las fábricas. Ahora el capitalismo tiene que tomar en cuenta esta situación. Sin embargo, aún falta que los hombres descubran el trabajo doméstico.

**HO:** ¿No será que la situación actual es aún más funcional que la anterior? ¿Tres trabajadores por el precio de uno y medio, tomando en cuenta que a las mujeres se les paga menos?

**MK:** Igualmente podrían decir que habría que enviar a los hombres a casa, para aprovechar mejor la fuerza de trabajo de las mujeres y no solo dos terceras partes. Eso cambiará. Nosotros en EEUU deberíamos llegar a tener horas de trabajo como Uds. en Europa. Pero 50 horas de trabajo semanales y una semana de descanso al año es la realidad americana actualmente.

**HO:** ¿Significa eso que también hay una imagen de masculinidad en los EEUU diferente a la de Europa?

**MK:** Sí, el americano funciona hoy según el modelo del hombre hecho a sí mismo: tu puedes llegar a ser cualquier cosa, sólo depende de ti. Tu origen u otra característica no tienen nada que ver. Pero hoy la consecuencia de eso no es una mirada optimista para ver como subir, sino el miedo permanente de caer al abismo. Por eso, los hombres norteamericanos se esfuerzan tan exageradamente en probar su masculinidad. El resultado es más acoso sexual, más violaciones, más francotiradores poseídos de locura homicida. Más allá de eso, los hombres tienen los mismos problemas en todas partes en el capitalismo: lo que Max Weber llama “la moldura durísima de la obediencia a los mandatos”. El capitalismo fuerza a los hombres a una competencia cada vez mayor.

**HO:** ¿No es probable entonces que también las mujeres terminen así: en la misma moldura?



**MK:** Yo creo en el concepto de la reforma no reformista, como lo llamó el sociólogo del trabajo André Gorz: cuando uno implementa ciertas reformas, se pueden iniciar revoluciones. Cuando mujeres y hombres reorganizan el trabajo doméstico, el sistema se tendrá que adaptar.

**HO:** ¿Quién o qué mantiene entonces a los hombres en este modelo?

**MK:** Los hombres dicen que tienen que probarse ante las mujeres. Eso no es cierto. Son los padres, los colegas de trabajo, los amigos, son este grupo homosocial la principal referencia.

**HO:** ¿Y las mujeres son inocentes?

**MK:** Por supuesto que están igualmente enredadas. La novedad no es que los hombres están confundidos y que las mujeres no lo están. La novedad es que ambos están confundidos. Pero las mujeres son lo suficientemente inteligentes como para preguntarse si no sería mejor que ambos cambiaran algo en conjunto. Los hombres todavía piensan que ellos tienen que resolver todo solos...